

M.^a Beatriz VAQUERO DÍAZ, Francisco J. PÉREZ RODRÍGUEZ, *Colección documental del archivo de la Catedral de Ourense I (888-1230)*, León, Centro de Estudios e Investigación “San Isidoro”; Caja España de Inversiones; Archivo Histórico Diocesano, 2010 (Col. Fuentes y estudios de historia leonesa, 131), 547 págs. ISBN: 978-84-92708-06-2; y M.^a Beatriz VAQUERO DÍAZ, Francisco J. PÉREZ RODRÍGUEZ, *Colección documental del archivo de la Catedral de Ourense II (1231-1300)*, León, Centro de Estudios e Investigación “San Isidoro”; Caja España de Inversiones; Archivo Histórico Diocesano, 2010 (Col. Fuentes y estudios de historia leonesa, 132), 787 págs. ISBN: 978-84-92708-07-9

Aunque la edición de fuentes diplomáticas en Galicia ha experimentado un notable desarrollo en las últimas décadas, en realidad sigue ofreciendo importantes desajustes, en buena medida porque los esfuerzos han sido mayoritariamente dispersos y, en ocasiones, poco rigurosos. De hecho, en más de un foro académico de Historia Medieval resonaba que “cómo Galicia, entidad específicamente diferenciada del resto de la corona de Castilla, tan rica en documentación medieval, no contaba con un programa bien definido y financiado de ediciones diplomáticas semejante a la colección de fuentes leonesas”. Y eso que en este viejo reino contamos desde hace ya varios decenios con *instituciones propias*, tanto financieras como estrictamente culturales –también científicas– que bien podrían haber patrocinado este empeño. Sin embargo, como en otras ocasiones, tienen que ser instituciones foráneas las que apadrinen la edición de fuentes gallegas, si bien “la mano obra” es autóctona, entre otras razones por motivos lingüísticos. En efecto, aquí en Galicia contamos con destacados especialistas en el área de las Ciencias y Técnicas Historiográficas formados en la escuela –sostayada las más de las veces– del profesor compostelano Miguel Romaní Martínez, recién ascendido a catedrático de Ciencias y Técnicas Historiográficas después de más de cuarenta años de docencia de Paleografía y Diplomática en la Facultad de Geografía e Historia.

Sin duda, la colección de fuentes leonesas dirigida muchos años por José María Fernández Catón, al que ahora le sucede el catedrático

vallisoletano José Manuel Ruiz Asencio, ha trascendido nuestras fronteras y resistido –eso parece– la actual crisis económica. Respecto a esto último hay que congratularse de que la entidad financiera que ha patrocinado la Colección haya continuado con este proyecto investigador; de no haber sido así, proseguir con la iniciativa hubiera sido difícil. En lo que se refiere a su difusión, puedo acreditar tras mi estancia en Portugal que una de las preguntas recurrentes de los colegas lusos era “qué nuevas colecciones diplomáticas se han publicado en España”, o más exactamente “qué nuevos volúmenes de la colección de fuentes de historia leonesa han salido”. Y es que este anhelo documental de los medievalistas y paleógrafos portugueses –Braga, Porto, Coimbra, Lisboa– demuestra con claridad el grado de aceptación o –si se prefiere– de *internacionalización* que supone la edición de fuentes.

También conviene recordar la reflexión que el profesor Ramón Villares dedicó a la tarea investigadora de los paleógrafos, al referirse con unas emotivas palabras a nuestra compañera María José Portela Silva, cuando presentó su obra dedicada a la documentación de la catedral lucense: la edición de fuentes, sentenció, es “un dos grandes contributos para a cultura”, además de representar un “traballo calado de moitos paleógrafos e expertos en fontes medievais que desenvolven unha tarefa moi valiosa para a investigación histórica e a artística, para a cultura”. En efecto, se trata de un trabajo pausado y continuo, como bien sintetiza el catedrático com-

postelano, y que ofrece además muy poca rentabilidad cortoplacista, que es lo que por desgracia impera hoy en el mundo académico y en la *política científica*: los artículos de investigación se valoran sobre todo por las “citas” recibidas –*impacto*– y no, paradójicamente, por la documentación inédita manejada o por las referencias a repertorios documentales, que es esencialmente lo que debería acreditar en Historia Medieval y Moderna la calidad de las investigaciones, si es que no se quiere caer en la literatura, el pastiche, o simplemente en el “refrito”.

En resumen, dedicarse a la ímproba labor de edición de fuentes para muchos *no luce* los *curricula* académicos y remueve el inacabado debate acerca de si las tareas de transcripción realizadas metódicamente constituyen en sí mismas *un medio* o *un fin* en el trabajo de los historiadores. Desde mi punto de vista, los profesionales del área de las Ciencias y Técnicas Historiográficas deberían soslayar su habitual controversia respecto al cultivo o no de esta u otras tendencias historiográficas agrupadas en la denominada “Historia de la Cultura Escrita”: se trata de un debate que se antoja estéril e inane, por ser ambas tendencias complementarias y nunca excluyentes. Se debe rechazar, por tanto, la pesada losa que supone el debate que trata de confrontar una visión supuestamente “tradicional” de la disciplina contra otra que se pretende más “innovadora”. También debe rechazarse el ansia en uniformar lo imposible: tratar de “cientificizar” y evaluar las investigaciones de las “ciencias del espíritu” –en especial en los espacios considerados *periféricos*– aplicando los criterios encorsetados, específicos y sólo consolidados en las ciencias puras. Se entiende que esto es una manifestación nítida del complejo de la comunidad académica y científica de las ciencias humanas, que debería tener otras herramientas más precisas para acreditar la solvencia, calidad, *impacto* y rigurosidad de sus investigaciones.

Los dos volúmenes de la “Colección Fuentes y estudios de historia leonesa” dedi-

cados al archivo de la catedral auriense (núms. 131 y 132), son debidos a la ardua tarea transcriptoria de María Beatriz Vaquero Díaz, “Profesora Doctora” de la Universidad de Vigo en la Facultad de Historia del Campus de Orense, y de su colega de departamento Francisco J. Pérez, Profesor Titular de Historia Medieval. Beatriz Vaquero ha consolidado su trayectoria investigadora con la edición, entre otras, de la “Colección Diplomática del monasterio de San Salvador de Celanova (siglos XIII-XV)” (2004) y del “Libro das posesións do Cabido Catedral de Ourense (1453)” (2005) –este último recensionado en esta revista, núm. 53, fasc. 119 (2006), págs 451-454–. Por su parte, Francisco Pérez ha dedicado también notables empeños en la edición de fuentes: basta sólo recordar “Os documentos do Tombo de Toxos Outos” (2004) entre otros muchos títulos dedicados específicamente al estudio de la Galicia monástica.

Pero si son necesarios buenos paleógrafos para el avance del conocimiento histórico, no lo son menos los buenos archiveros: si estos no colaborasen en la localización, consulta y reproducción de los fondos custodiados, los documentos permanecerían inertes para el progreso cultural de la sociedad, que al fin y al cabo es la razón última que debe mover cualquier proyecto investigador –otro debate es que el paupérrimo nivel cultural de la sociedad actual dosificado con ingentes dosis de materialismo ni lo valore ni lo perciba–. En el caso del Archivo Catedralicio de Orense –posiblemente el eclesiástico gallego más rico en documentación medieval después del compostelano– merece la pena destacar por su entrega y profesionalidad a su canónigo archivero, Miguel Ángel González García, autor de la “Presentación” del primer volumen (núm. 131): atinadamente la titula “El archivo de la catedral de Ourense: espacios, fondos e investigaciones”. En ella traza un panorama ajustado de los fondos medievales que conserva, tanto de los propiamente catedralicios como de los monacales –descubiertos en 1940 por uno de sus predecesores, el canónigo don Eladio Leirós– así como una sucinta bibliografía de repertorios documentales publicados.

Como apunta Miguel Ángel González ya desde las primeras páginas, la escuela de archiveros catedralicios orensanos ha sido excelsa y fecunda: a principios del siglo XVII comenzaron las catalogaciones con el canónigo don Juan Pérez de Novoa, homónimo que evoca a no pocos personajes nobles documentados en la “terra” de Aguiar orensana a partir de los primeros decenios del siglo XIV; desde mediados del siglo XVIII hasta sus últimos años destacaron las aportaciones del deán don Benito Álvarez Guntín, al que sucedería su pariente el canónigo cardenal de Orense don Francisco Javier Álvarez Guntín, colaborador del P. Flórez; a todos ellos se añadieron ya bien entrado el siglo XIX las contribuciones del deán don Juan Manuel Bedoya, compilador de los doce volúmenes de la Colección “*Diversarum rerum*”, o el arcediano don Manuel Sánchez Arteaga, autor de los “Apuntes Histórico-Artísticos de la Catedral de Orense”, joya bibliográfica concebida a fines del XIX y editada en 1916 con anotaciones del erudito Cándido Cid Rodríguez. El siglo XX no se quedó en zaga, pues dos de los archiveros de la sede auriense fueron historiadores de referencia por sus aportaciones en el ámbito de la catalogación y edición de fuentes: me refiero al ya mentado don Eladio Leirós Fernández – publicó el valiosísimo “Catálogo de los Pergaminos Monacales del Archivo de la S.I. Catedral de Orense” (1951) con un total de 6.248 piezas– y a don Emilio Duro Peña, autor de más de una decena de colecciones documentales y monografías, entre otros, de los monasterios de San Esteban de Ribas de Sil, Rocas, Santa Comba de Naves, Castro de Rey o Abeleda, y primer editor (Consello da Cultura Galega, 1996) de la mayor parte de los documentos que ahora, después de una muy detallada revisión, se publican en estos dos volúmenes de la colección leonesa. Ambos canónigos archiveros contribuyeron decisivamente a revitalizar el anquilosado panorama en el que estaba sumido el medievalismo gallego, precisamente debido en buena medida a la carencia de colecciones documentales.

A continuación de la “Presentación”, las páginas previas a la colección diplomática propiamente dicha del primer volumen (núm.

131) se dedican a la “Introducción”: subdi-vida ésta en diferentes apartados, se expone de forma clara, sintética y perfectamente documentada tanto un panorama de la génesis y evolución de la diócesis auriense en la Edad Media como un análisis diplomático de la documentación publicada. El primero de esos apartados se titula “La catedral y la diócesis auriense en la Edad Media”, y resume los capítulos escritos por el P. García Oro en el volumen dedicado a la diócesis auriense de la “Historia de las diócesis españolas” de la BAC; entre otras muchas informaciones de interés, se destaca la tesis que niega la destrucción-desestructuración-restauración del territorio diocesano en los siglos IX y X, la organización del cabildo diocesano siguiendo las normas gregorianas en los inicios del siglo XII, o la consolidación durante los siglos XIV y XV de la sede orensana en “un peldaño en el escalafón de ascenso eclesiástico para los altos personajes de la corona castellana”, aún a pesar de que esta diócesis era entre las gallegas la de más “calidad” después de la metropolitana.

Los siguientes apartados se estructuran de la misma forma tanto en el primer volumen (núm. 131) como en el segundo (núm. 132) –en este último bajo el epígrafe “Presentación”, a diferencia del anterior–. Todos ellos son prolijos en noticias diplomáticas de gran interés y precisión, y se dedican a la presentación formal de la colección documental. Sus títulos son: “Originales y copias”, “Procedencia y tipología de la documentación”, “Los tipos escriturarios” y “Los sistemas de datación crónica”. Las últimas páginas de ambos volúmenes previas a la colección de documentos contienen el listado bibliográfico –cerca de los cien títulos en el primero, en torno a una veintena en el segundo– de las obras referidas en las fichas catalográficas de los diplomas editados. Sólo se echa de menos en ambos volúmenes una copia literal de las normas de edición y transcripción que se siguen en la Colección, ya que los autores se limitan a remitir a las elaboradas *ad hoc* por los profesores Fernández Catón y Ruiz Asencio en el volumen tercero de la “Colección documental del archivo de la Catedral de

León” (núm. 43), lo que incomoda enormemente su consulta –a pesar de su indudable rentabilidad para el medievalista, y quizá por tratarse de ejemplares caros, los volúmenes de León no se encuentran con facilidad en bibliotecas universitarias o de otras instituciones científicas y culturales gallegas–. Entre los criterios de transcripción adoptados llama la atención el excesivo purismo que, en mi opinión, supone conservar la grafía “u” con valor “v”, especialmente en transcripciones que se orientan a los historiadores.

El primer volumen (núm. 131) contiene 243 documentos transcritos *in extenso*, mientras que en el segundo (núm. 132) se hallan otros 477 siguiendo numeración correlativa, en total más de 900 páginas de transcripciones. En todas destaca el impecable y casi extremo rigor diplomático, con completísimas fichas catalográficas y unos muy extensos registros – estos últimos parecen deberse a la necesidad de facilitar la comprensión de los documentos escritos en latín en su mayor parte, lengua casi desconocida para las generaciones nacidas a partir de la década de los ochenta–. A ello se suman abundantes notas a pie de página para indicar particularidades o enmiendas de los textos. Los trabajosos índices, por su parte, son modélicos en ambos volúmenes: contienen el “Índice de documentos”, “de personas”, “de lugares” y “de cargos y oficios”, y están perfecta y cuidadosamente elaborados, pues no se reducen sólo a meros listados de nombres o de lugares, sino que cada entrada se identifica y remite a la forma más conveniente: todos ellos facilitan y precisan al investigador la búsqueda de las ingentes noticias que cada una de las escrituras encierra.

Los profesores Vaquero Díaz y Pérez Rodríguez demuestran de nuevo su contrastada profesionalidad y consolidan su trayectoria

académica e investigadora. Localizan, catalogan, transcriben, corrigen, indizan, comentan, estudian... trabajan, en definitiva, por el progreso social de Galicia desde los archivos, buscando entre los testimonios del pasado su mejor comprensión, que también repercute en el presente. No es un empeño fácil en la actual era del ocio y de la tecnología. Por fortuna esta última repercute muy positivamente en la historiografía actual: se demuestra sólo con pensar en las posibilidades que ofrecen las digitalizaciones, el proyecto PARES o tantas otras herramientas del soporte digital. Sin embargo, todos estos avances no deben obviar o sustituir radicalmente el tradicional trabajo de archivo: simplemente lo complementa y facilita. Naturalmente, estos dos volúmenes son buena muestra de ello, no en vano las nuevas tecnologías también han entrado en el archivo orensano gracias a la diligencia del canónigo archivero Miguel Ángel González, su verdadero dinamizador tanto en lo particular –facilidad y cotidianidad en el acceso a los investigadores– como en lo general –renovación y dotación de las instalaciones del archivo, digitalización de sus fondos, promoción de iniciativas de difusión...–.

En el ámbito archivístico eclesiástico gallego, Orense debe ser un referente en la gestión del patrimonio escrito de la Iglesia, pues, salvo en el ya aludido caso compostelano, los medios disponibles son por desgracia habitualmente modestos a pesar del general buen hacer de sus muy meritorios responsables. Algo parecido se puede decir de la “Colección Fuentes y estudios de historia leonesa” en lo referido a la edición de fuentes medievales gallegas, una vez que la comunidad académica y científica gallega no ha sabido o querido emular el propósito historiográfico de nuestros vecinos leoneses.

Pablo S. Otero Piñeyro Maseda
IEGPS (CSIC-Xunta de Galicia)